

HISTORIA DE LA INGENIERA

Ensayo del T1º (R) Sr. José Ives Arancibia Del Canto.

LA MUERTE DE UN COLOSO

Chufinga*

*Araneda, esa gris tarde de invierno, miraba con nostalgia la gigantesca silueta del otrora poderoso coloso; ahora con su corazón paralizado inmóvil, frío, con un silencio de muerte en su interior.

Estuvo largo rato en recuerdos, los que se sucedían uno tras otro en su imaginación: lo veía cuando estaba lleno de vida, demostrando su poder contra las inmensas olas del Golfo de Penas, que lo embestían con tal furia que parecía iban a salir triunfantes llevándose a los abismos; sin embargo su proa sumergida, después de un breve estremecimiento, emergía orgullosa de las negras aguas desafiando nuevamente la furia de Neptuno; después lo veía navegando majestuoso, por las tranquilas aguas de los canales australes, rodeado por el verde maravilloso de la vegetación incomparable de esas zonas; y así iban desfilando fugazmente por su memoria muchas imágenes, grabadas durante el tiempo que estuvo embarcado, cuando era buque insignia de la Escuadra.

Se encaminó lentamente hacia su casa, “¿Por qué le habían encomendando él, esa ingrata misión: destruir algo tan bello, tan majestuoso, tan poderoso?” Se sentía agobiado. Araneda era el último Ingeniero de Cargo del Acorazado Almirante Latorre, y debía prepararlo para su venta como chatarra a alguna potencia extranjera, después, sería remolcado quizás donde, allende los mares, donde sería cremado por partes en enormes hornos de acero.

El navío, estaba varado en el que N° 2 del Apostadero Naval de Talcahuano, una enorme cavidad construida especialmente para su descomunal tamaño. Allí se le había dado una lenta muerte, sacando de su cuerpo todo lo que podía ser útil y dejando sólo su estructura, que sería vendida como chatarra ¡Qué muerte más denigrante para ese símbolo tan querido de todos los chilenos!,- pensaba Araneda-: Durante cincuenta años había tomado parte del paisaje de Valparaíso: Los porteños se habían acostumbrado a verlo en forma habitual desde los cerros, allá abajo, fondeado fuera de la posa: El paseo tradicional para todos los santiaguinos que venían al puerto, era dar una vuelta en bote a su alrededor, y admirar de cerca todos su poder.

Al llegar a su casa, recibió una llamada telefónica del Comandante del buque, debía presentarse de inmediato, para analizar una orden recién recibida del Alto Mando Naval.

Corría el año 1958 y hacía muy poco que un piquete de marinos argentinos había desembarcado en la isla chilena de Picton, destruyendo las señales de navegación que allí se encontraban. Por este motivo, la Armada de Chile se estaba movilizando rápidamente con todos sus efectivos hacia la zona austral. No bien hubo llegado el teniente Araneda, el Comandante le preguntó:

-“¿Cuánto tiempo necesita para alistar las máquinas de propulsión del Latorre?”.

La pregunta fue como un martillazo en la cabeza del teniente, “¿qué sucedía?” “pensó; “¿acaso pretendían resucitar al viejo Acorazado?”, “querían alistarlo para un posible combate?” Era indudable que el Latorre en servicio daba a la Armada Chilena clara superioridad sobre la Armada Argentina; pero en el estado que se encontraba, no daba a la Armada de Chile clara superioridad sobre la Armada Argentina; pero en el estado que se encontraba, no daba ninguna seguridad de siquiera poder navegar hasta la zona

conflictiva; claro que eso no tenían por que saberlo nuestros vecinos.

- “Usted conoce Comandante el estado en que se encuentra nuestro buque, su alistamiento para estar operativo, requiere muchos meses, tal vez más de un año”. Respondió Araneda.
- “Es lo que he informado al Alto Mando y quería que UD. me lo corroborara. Mañana debemos sacarlo del dique; el crucero Prat viene navegando del norte y debe ser carenado de urgencia y continuar de inmediato su navegación hacia el canal Beagle”.
- “Pero Comandante”, replicó Araneda. “No tenemos ningunacaldera completa, tampoco queda petróleo, las anclas y cadenas están en el fondo del dique, y no podemos usar el cabrestante por falta de vapor”.
- “Ese es su desafío” repuso el Comandante, “usted vea como lo hará, la orden es clara, mañana el Latorre sale como sea del dique”. Diciendo esto, lo acompañó hasta la puerta, deseándole buenas noches.

Araneda, de inmediato organizó un grupo de marineros con tarros y baldes, y les ordenó que reunieran todos los conchos de petróleos que quedaban en los estanques, y los fueran acumulando en uno solo; asignó otro grupo para armar una caldera, con todo los elementos necesarios para su operación; todo lo cual debía quedar terminado en el transcurso de la noche.

A la 6 de la mañana del día siguiente todo estaba preparado para iniciar el encendido de una caldera, debido al uso de los conchos de petróleos, que contenían agua, alquitranes y toda clase de residuos extraños, acumulados por largo tiempo; esta operación resultó bastante complicada, logrando encenderla solo después de arduas horas de esfuerzo y de probar una y otra vez. Los numerosos intentos de encendidos produjeron tal cantidad de humo negro y espeso, que el puerto de Talcahuano, amaneció cubierto por una capa de humo que impedía ver el sol. Sus habitantes quedaron atónitos ante el espectáculo y al mismo tiempo maravillados de ver la silueta de su querido Latorrenuevamente, llenando la bahía. La conclusión que sacaron de inmediato fue que el Latorre estaba listo para incorporarse a la Escuadra e ir a defender nuestro territorio amenazado en el sur. La noticia recorrió todo Chile saliendo en primera página de los diarios de todo Santiago, y todo el país.

El conflicto finalmente, se resolvió por los canales diplomáticos, sin embargo, nunca se sabrá, cuanto influyó en ese acuerdo el impactó que causó en la población de Talcahuano, la supuesta resurrección de ese magnífico acorazado avalada por una tremenda contaminación atmosférica producida por el petróleo recuperado de modo tan rudimentario. Esta fue la contribución póstuma del Latorre aun país que lo amo durante toda su larga vida.

El teniente Araneda, no se sentía feliz, pensaba que, lo que más realiza a un hombre, es construir, no destruir, y él había sido el sepulturero de una obra de ingeniería extraordinaria, emblema de la Armada Chilena, a la que lo ligaban sentimientos de afectos muy profundos, había llegado a querer ese navío que no era un conjunto de hierros flotante, sino que tenía vida propia y la misión de su larga vida, había sido construido a temprar el carácter de los miles de marinos que pasaron por su cubierta, adiestrándose profesionalmente para servir a su patria y ser mejores hombres.

Pocos meses después de despedir la Latorre, que fue remolcado hasta Japón, Araneda renunció a la Armada y se empleó como supervisó de una empresa dedicada a una labor más acordé con sus convicciones más intimas: construir obras de ingeniería. Con el tiempo su vida empezó a tener nuevamente sentido y fueron desapareciendo lentamente los fantasmas de su triste experiencia con la muerte de su querido Almirante Latorre.

*Teniente 1º (R) Sr. José Ives Arancibia Del Canto. Ing. Naval Mecánico (Promoción ESING 1955)